

Mapa del país por donde pasaron los españoles en su marcha a México.



CAPITULO IX.

ALREDEDORES DE MEJICO.—ENTREVISTA CON MONTEZUMA.—ENTRADA A LA CAPITAL.—RECIBIMIENTO AMISTOSO.—VISITA AL EMPERADOR.

1519.

Luego que asomó la aurora reunió el general español á sus soldados. Colocábanse con corazon palpitante bajo sus respectivos estandartes al toque del clarin, cuyo sonido se repetia por el lago y los bosques hasta que se perdía en distantes ecos entre las montañas. El fuego sagrado que se conservaba en los altares de los innumerables teocallis, veíase confusamente al traves de la espesa niebla de la mañana (a), indicando el sitio que ocupaba la capital, hasta que los templos, las torres y los palacios, se dejaron ver en todo su esplendor con la brillante luz que al levantarse el sol por el extremo oriental comunicó al hermoso valle. Era el 8 de Noviembre de 1519, dia memorable en la historia, pues en él fijaron los españoles su planta por la primera vez en la capital del mundo occidental. Cortés con su pequeño escuadron de caballería formaba una especie de guardia avanzada. Seguía la infantería española, la cual, en una campaña sostenida todo el verano, habia adquirido la disciplina y el aspecto marcial de antiguos veteranos. El bagaje ocupaba el centro, y cerraban la retaguardia las indisciplinadas filas de los guerreros tlascaltecas (b). Todo el ejército podia componerse de cerca de siete mil hombres, de los cuales menos de cuatrocientos eran españoles (1).

Por una pequeña distancia, caminaron siguiendo la estrecha lengua de tierra que divide las aguas del lago de Tezcuco de las del de Chalco, y luego entraron al gran dique, que con excepcion de un ángulo cerca del principio, se ex-

(a) En principios de Noviembre no hay niebla en el Valle de Méjico por la mañana ni á ninguna hora, pues son los dias mas claros y hermosos del año. El Sr. Prescott ha confundido en este punto el clima de Méjico con el de Inglaterra ó de los Estados-Unidos.

(b) Era otro género de disciplina, pero no se podian llamar indisciplinadas las tropas de la nacion mas aguerrida del Anáhuac.

(1) Tomó cerca de seis mil guerreros de Tlascala; y algunos pocos de los cempoaltecas y otros aliados indios le acompañaron. El ejército español cuando llegó á Veracruz se componia de 400 infantes y quince caballos. Los soldados desafectos en las reconvencciones que hicieron al general despues de los sangrientos combates con los tlascaltecas, hablaban de haber perdido cincuenta compañeros desde el principio de la campaña. Página 285 de este tomo.

tiende en línea perfectamente recta, atravesando las saladas aguas de Tezeuco hasta las puertas de la capital. Era la misma calzada, ó mas bien, los cimientos que hoy forman la grande avenida de Méjico hácia el Sur (2). Los españoles tuvieron ocasion más que nunca, de admirar la ciencia mecánica de los aztecas, en la precision geométrica con que estaba ejecutada la obra, así como en la solidez de su construccion. Componíase de enormes piedras bien colocadas y unidas con mezcla, y bastante ancha en toda su extension para que pudieran caminar de frente diez hombres á caballo.

Al pasar vieron algunas grandes ciudades descansando sobre estacas é inter-nándose en el lago, género de construccion que tenia gran favor entre los aztecas como que era una imitacion de la de su metrópoli (3). Su industriosa poblacion se proporcionaba abundante subsistencia en la manufactura de la sal que extraian de las aguas del gran lago; y los impuestos sobre el comercio de este efecto eran una fuente considerable de rentas para la corona.

En todas partes encontraban los conquistadores pruebas de una numerosa poblacion, superior á todo lo que habian visto. Los templos y edificios principales de las ciudades, estaban cubiertos de un duro estuco de color blanco, que brillaba como esmalte con los rayos horizontales de la mañana. Las márgenes del gran lago estaban mas sembradas de ciudades y aldeas, que las del de Chalco (4); y las aguas se miraban cubiertas de multitud de canoas llenas de indios (5) que subian con dificultad á la orilla de la calzada y contemplaban con

(2) „La calzada d'Iztapalapan est fondée sur cette même digue ancienne, sur laquelle Cortés fit des prodiges de valeur dans ses rencontres avec les assiégés.”

La calzada de Ixtapalapan está fabricada sobre este mismo antiguo dique donde Cortés hizo prodigios de valor en sus encuentros con los sitiados. Humboldt, Essai politique, tom. II, p. 57 (a).

(3) Entre estas ciudades habia varias que contenian desde tres hasta cinco ó seis mil edificios, segun Cortés, cuya bárbara ortografia en los nombres propios no fácilmente será reconocida ni aun por un mejicano ó español. Rel. seg., en Lorenzana, p. 78.

(4) El padre Toribio de Benavente no es muy corto en su panegirico al hablar de los suburbios de la capital que vió en todo su esplendor. „Creo que en toda nuestra Europa hay pocas ciudades que tengan tal asiento y tal comarca, con tantos pueblos á la redonda de sí y tan bien asentados.” Hist. de los indios, MS., parte 3, cap. 7.

(5) No es necesario sin embargo adoptar la asercion de Herrera, quien asegura que cincuenta mil canoas se empleaban constantemente en abastecer á la capital de provisiones. (Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 14.) El poeta historiador Saavedra es mas modesto en sus cómputos.

„Dos mil y más canoas cada día

Bastecen el gran pueblo mejicano

De la mas y la menos niñería

Que es necesaria al alimento humano” (b).

EL PEREGRINO INDIANO, CANTO 11.

(a) Es ahora el camino de Tlalpan ó San Agustín de las Cuevas.

(b) Debe advertirse que Saavedra se refiere á una época posterior.

curiosa admiracion á los extranjeros. Aquí vieron tambien aquellas encantadas islas de flores sombreadas algunas de ellas por árboles de una altura considerable, que caian y levantaban con la blanda ondulacion de las olas. A distancia de media legua de la capital, hallaron una maciza cortina de piedra, que atravesaba el dique. Tenia doce piés de alto: estaba defendida por torres en sus extremidades; y en el centro, tenia una entrada amurallada que abria paso á las tropas. Llamábase el fuerte de Xoloc, y se hizo memorable despues, por ser la posicion que ocupó Cortés en el famoso sitio de Méjico.

En este lugar fueron encontrados por algunos centenares de gefes aztecas que salieron á anunciar la venida de Montezuma, y á acompañar á los españoles á la capital. Iban vestidos con los caprichosos trajes de gala acostumbrados en el país; con el *maxtlatl* ó banda de algodón alrededor de la cintura, y un ancho manto de la misma materia ó de brillante plumaje que caia graciosamente sobre la espalda. Rodeaban su cuello y brazos collares y brazaletes de mosaicos hechos de turquesas, en los cuales estaban curiosamente mezcladas delicadas plumas (6); y llevaban adornadas las orejas, labios inferiores y algunas veces la nariz, con pendientes de piedras preciosas ó medias lunas de reluciente oro. Como cada cacique hizo al general la acostumbrada salutacion del país, esta fastidiosa ceremonia retardó la marcha mas de una hora. Concluida, no experimentó el ejército otra interrupcion, hasta que llegó á un puente cerca de las puertas de la ciudad. Siendo de madera despues se substituyó con otro de piedra, y atravesaba una abertura del dique que proporcionaba salida á las aguas, cuando estaban agitadas por los vientos ó aumentadas por una repentina crecida en la estacion de las lluvias. Era un puente levadizo; y los españoles al pasarlo conocieron la certeza de que se estaban entregando á la voluntad de Montezuma, quien cortándoles la comunicacion con el país, podia tenerlos prisioneros en su capital (7).

En medio de estas desagradables reflexiones, vieron salir la brillante comitiva del emperador por la calle principal, que entonces lo mismo que ahora, conducia al centro de la ciudad (8) (a). Entre una multitud de magnates pre-

(6) „Usaban unos brazaletes de mosaico, hechos de turquesas con unas plumas ricas que salian de ellos, que eran mas altas que la cabeza, y bordadas con plumas ricas y con oro, y unas bandas de oro, que subian con las plumas.” Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 8, cap. 9.

(7) Gonzalo de las Casas, Defensa, MS., parte 1, cap. 24.—Gomara, Crónica, cap. 65.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 88.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 5.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, pp. 78 y 79.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 85.

(8) El cardenal Lorenzana dice, que probablemente la calle á que se alude es la que atraviesa la ciudad desde el Hospital de San Antonio. (Rel. seg. de Cortés, p. 79, nota.) Esto está confirmado por Sahagun. „Y así en aquel trecho que está desde la iglesia de San Antonio (que ellos llaman Xuluco) que va por cave las casas de Alvarado, hácia el Hospital de la Concepcion, salió Moctezuma á recibir de paz á Don Hernando Cortés.” Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 16.

(a) Es la calle del Rastro, que continúa con diversos nombres desde la garita de

cedidos por tres oficiales del estado que llevaban varas doradas (9), venía el real palanquin deslumbrando con el bruñido. Era conducido en hombros de los nobles, y sobre él estaba colocado un dosel de vistoso plumaje sembrado de joyas y guarnecido de plata, el cual era sostenido por cuatro caciques del mismo rango. Iban todos descalzos; caminaban con tardo y mesurado paso, y con los ojos inclinados á la tierra. Cuando hubo llegado la comitiva á una distancia correspondiente hizo alto, y descendiendo Montezuma de sus andas se adelantó apoyándose en los brazos de los señores de Tezcuco é Iztapalapan, el primero sobrino suyo, y el segundo su hermano, y ambos como hemos visto, conocidos ya por los españoles. Al paso que se adelantaba el monarca bajo del dosel, los reverentes nobles que formaban su comitiva extendían alfombras de algodón para que los imperiales piés no se contaminaran con el áspero suelo. Los concurrentes, tanto de alto rango como de humilde clase, que estaban colocados en filas á los lados de la calzada, se inclinaban con los ojos fijos en el suelo cuando pasaba, y algunos de la clase mas baja, se postraban (10). Tal era el homenaje tributado al déspota indio, el cual mostraba que las serviles formas de la adulacion oriental se encontraban entre los rudos habitantes del mundo occidental.

Llevaba Montezuma el cingulo y ancha capa cuadrada, *tilmatli* de su nacion. Era tejida del mas fino algodón, con los extremos bordados y atada con un nudo alrededor de su cuello. Cubrian sus piés ricas sandalias, cuyas suelas eran de oro y las correas con que las ataba al tobillo, estaban adornadas del mismo metal. Tanto en la capa como en las sandalias, se miraban esparcidas perlas y piedras preciosas, entre las cuales sobresalian la esmeralda (a) y el chalcivítl, piedra verde mas estimada que otra cualquiera entre los aztecas. No llevaba en su cabeza mas adorno que un penacho de plumas de aquel mismo color que caian sobre su espalda, distintivo del rango militar, mas bien que de la dignidad real.

Tenia entonces cerca de cuarenta años. Era alto y delgado; pero no mal formado. Su cabello negro y lacio no era muy largo; llevarlo corto era considerado como impropio de personas de rango. Su barba era poca y su color algo mas pálido del que se encuentra en su raza morena, ó mas bien de color cobrizo. Sus facciones, aunque de un aire serio, no mostraban la mirada melancólica, ó por

San Antonio Abad hasta la plaza, y continuada por la del Reloj, sale al otro extremo de la ciudad. Por una tradicion antigua se cree que Montezuma encontró á Cortés frente al Hospital de Jesus, y que este fué el motivo de que hiciese su fundacion en aquel sitio.

(9) Carta del Lic. Zuazo, MS.

(10) „Toda la gente que estaba en las calles se le humiliaban y hacian profunda reverencia y grande acatamiento sin levantar los ojos á le mirar, sino que todos estaban hasta que él era pasado, *tan inclinados como frailes en Gloria Patri.*” Toribio, Hist. de los indios, MS., parte 3, cap. 7.

(a) Ya se ha dicho en otro lugar, que no habia esmeraldas y que era otra piedra verde á la que se daba este nombre.



MOCTEZUMA

mejor decir, de abatimiento que se nota en su retrato, y que puede haberse fijado en ellas despues de sus desgracias. Sus movimientos estaban llenos de dignidad, y todo su porte moderado por una expresion de benevolencia, digna de un príncipe y que no era de esperar en él segun las noticias que circulaban sobre su carácter. Esta es la pintura que se nos ha transmitido del emperador indio, tal como se presentó en su primera entrevista con los hombres blancos (11).

Cuando se acercó, hizo alto el ejército: Cortés bajó de su caballo, y dando las riendas á un paje, se adelantó á encontrarle acompañado de algunos de los principales caballeros. Esta entrevista, debió ser de sumo interes para ambos. En Montezuma consideraba Cortés al señor de los dilatados reinos que habia atravesado, cuya magnificencia y poder habia sido el asunto de todas las conversaciones y se habia repetido de boca en boca. El príncipe azteca veía en el español el extraordinario ser, cuya historia parecia estar tan misteriosamente unida á la suya; el anunciado por los oráculos, y cuyos famosos hechos le habian proclamado mas que humano. Pero cualesquiera que fuesen los sentimientos del monarca, los ocultó hasta el extremo de recibir á su huésped con régia cortesía y protestarle su satisfaccion por verle en la capital (12). Respondió Cortés con expresiones del mas profundo respeto, al mismo tiempo que manifestó su reconocimiento por las verdaderas pruebas de munificencia que habia dado el emperador á los españoles. Luego colocó en el cuello de Montezuma una brillante cadena de cristal de colores, y haciendo ade-

(11) Sobre el acompañamiento y pompa de Montezuma en la ocasion que refiere el texto, puede verse á Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 88.—Carta de Zuazo, MS.—Ixtilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 85.—Gomara, Crónica, cap. 65.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., ubi supra y cap. 45.—Acosta, lib. 7, cap. 22.—Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 16.—Toribio, Hist. de los indios, MS., parte 3, cap. 7.

El noble castellano, ó mas bien, el bardo mejicano Saavedra, que perteneció á la generacion siguiente á la de la conquista, refiere las mas de las particularidades de esta entrevista en su poética historia. El siguiente trozo probablemente será bastante para dar alguna idea al lector.

„Iba el gran Motezuma ataviado
De manta azul y blanca con gran falda,
De algodón muy sutil y delicado,
Y al remate una concha de esmeralda
En la parte que el nudo tiene dado;
Y una tiara á modo de guirnalda,
Zapatos que de oro son las suelas
Asidos con muy ricas correhuelas.”

EL PEREGRINO INDIANO, canto 11.

(12) „Satis vultu lato,” dice P. Martir de Angleria, „an stomacho sedatus, et an hospites per vim quis unquam libens susceperit, experti loquantur.” De Orbe Novo, déc. 5, cap. 3.

man de abrazarle, fué contenido por dos señores aztecas, asombrados de la pretendida profanacion de la sagrada persona de su amo (13). Despues del cambio de estas atenciones, mandó el emperador á su hermano condujera á los españoles al lugar donde debian residir en la capital, y volviendo á subir en su palanquin se alejó en medio de la multitud postrada, con el mismo fausto con que habia venido. Pronto le siguieron los españoles, y con bandera desplegada y tambor batiente hicieron su entrada por la parte meridional de Tenochtitlan (14).

Aquí volvieron á encontrar nuevos motivos de admiracion en la extension de la ciudad y admirable estilo de su arquitectura. Las habitaciones de la clase ínfima eran en verdad en su mayor parte de cañas y barro; pero los costados de la dilatada calle por donde iban marchando, estaban ocupados por las casas de los nobles á quienes habia estimulado el emperador á fijar su residencia en la capital. Eran edificadas de una piedra encarnada y porosa sacada de las canteras inmediatas á la ciudad (a), y aunque pocas veces tenian mas de un piso, frecuentemente llenaban una gran porcion de terreno. Las azoteas estaban resguardadas por parapetos de piedra, de manera que cada casa era una fortaleza. Algunas veces estas azoteas estaban tan profusamente cubiertas de flores que parecian jardines (b); pero mas frecuentemente se cultivaban en sitios extensos y elevados, colocados entre los edificios (15). De cuando en cuando veíase una gran plaza ó mercado rodeado de pórticos de piedra y estuco, ó un templo piramidal cuyo colosal remate se miraba coronado de cónicos santuarios y lucientes altares, en los que ardía un fuego inextinguible. La gran calle á que conducía la calzada meridional, á diferencia de otras muchas, era ancha y se prolongaba como se ha dicho antes, algunas millas en línea casi recta por el centro de la ciudad. El espectador, situado en uno de los extremos de ella, como que quedaba en fila con la larga serie de templos, terrados y jardines, podia distinguir claramente el opuesto y á alguna distancia, las azuladas montañas que en la atmósfera transparente de la mesa central, parece están casi en contacto con los edificios.

Pero lo que mas sorprendió á los españoles, fué la inmensa multitud que poblabá las calles y canales llenando todas las entradas de las casas y ventanas, y agolpándose en las azoteas de los edificios. „Recuerdo bien este espectáculo,” dice Bernal Diaz, „ahora despues de tantos años parece estar tan presente á mi ima-

(13) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 79.

(14) „Entraron en la ciudad de Méjico á punto de guerra, tocando los atambores, y con banderas desplegadas,” &c. Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 15.

(a) Es el tezontle, que se emplea en casi todos los edificios de Méjico.

(b) Esta afición á las flores se ha transmitido á los actuales mejicanos.

(15) „E giardini alti et bassi, che era cosa maravigliosa da vedere.” Y jardines altos y bajos que era cosa maravillosa ver. Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 309.

ginacion como si hubiera sido ayer” (16). Pero ¿cuáles serian las impresiones de los aztecas, al ver el portentoso espectáculo que se ofrecía á su vista: al oír por la primera vez retumbar el sólido pavimento bajo la herradura de los caballos, extraños animales para ellos, y cuyo temor los habia investido de un terror sobrenatural: al ver á los hijos del Oriente revelando en su blanca tez su origen celestial: al mirar sus brillantes cimitarras y cascos de acero, metal que les era desconocido, relampagueando como meteoros con los rayos del sol, al mismo tiempo que se escuchaban en el aire armoniosos sonidos de una música no terrena, al menos tal cual sus rudos instrumentos jamas habian producido? Mas toda otra emocion se acalló con la de un odio mortal cuando vieron á sus implacables enemigos los tlascaltecas, paseándose orgullosamente por sus calles con aire insultante y arrojando por todas partes miradas atroces como un animal feroz de la selva, que por accidente ha errado el camino de la guarida donde nació por el asilo de la civilizacion (17).

Al recorrer la espaciosa calle, varias veces atravesaron las tropas puentes suspendidos sobre canales, en los cuales veian mecerse suavemente las barcas de los indios, conduciendo pequeñas cargas de frutas y legumbres para los mercados de Tenochtitlan (18). Al fin hicieron alto, frente á una gran plaza, cerca del centro de la ciudad, donde se levantaba un enorme edificio de figura piramidal dedicado al dios de la guerra, patron de los aztecas, segundo en tamaño y en santidad respecto del templo de Cholula, y que cubria el mismo terreno ocupado ahora en parte por la gran catedral de Méjico.

Frente á la puerta occidental del recinto, se elevaba una serie de edificios de piedra de un solo piso, que contenía sobre un grande terreno el palacio de Axayacatl, padre de Montezuma, edificado por aquel monarca cerca de cincuenta años antes (19). Este sitio fué destinado para los cuarteles de los espa-

(16) „Quién podrá,” exclama el antiguo veterano, „decir la multitud de hombres, y mugeres, y muchachos, que estaban en las calles é azoteas, y en canoas en aquellas acequias, que nos salian á mirar? Era cosa de notar, que agora que lo estoy escribiendo, se me representa todo delante de mis ojos, como si ayer fuera cuando esto pasó.” Hist. de la conquista, cap. 88.

(17) „Ad spectaculum,” dice P. Mártir de Anglería, „tandem Hispanis placidum, quia diu optatum, Tenustiatanis prudentibus forte aliter, quia verentur fore, ut hi hospites quietem suam Elysiam veniant perturbaturi; de populo secus, qui nil sentit æque delectabile, quàm res novas ante oculos in presentiarum habere, de futuro nihil anxius.” De Orbe Novo, déc. 5, cap. 3.

(18) El nombre eufónico de Tenochtitlan, se deriva, segun la opinion comun, de palabras aztecas que significan „tuna ó nopal sobre una roca,” cuya vista habia de fijar el sitio de la futura capital. (Toribio, Hist. de los indios, part. 3, cap. 7.—Explic. de la Colec. de Mendoza, en la obra Antiq. of Mexico, vol. IV.) Otra etimología lo deriva de Tenoc, nombre de uno de los fundadores de la monarquía.

(19) Clavijero, Stor. del Messico, tom. III, p. 78.

Ocupaba lo que es ahora la esquina del Indio Triste y Tacuba. Humboldt, Vues des cordillères, p. 7 y sig. (a)

(a) Por lo mismo no podia estar frente á la puerta occidental, sino frente á la

ños. El mismo emperador se hallaba en el patio para recibirlos, y al acercarse Cortés, tomó un vaso de flores que llevaba uno de sus esclavos y un macizo collar en el cual estaba imitada en oro la concha de una especie de langosta muy apreciada por los indios, unido con pesados eslabones del mismo metal. De esta cadena dependían ocho adornos también de oro, hechos á semejanza de la misma concha, de un palmo de largo, y de un delicado trabajo (20); pues se sabe que los plateros aztecas mostraban en su arte una habilidad no inferior á los de Europa (21). Al colocar Montezuma el vistoso collar en el cuello de Cortés, díjole: „Este palacio, Malinche,” (22) por cuyo nombre la hablaba siempre, „pertenece á vos y á vuestros compañeros. Descansad de vuestras fatigas, pues mucha necesidad teneis de ello, y dentro de poco volveré á visitaros.” Luego se retiró con su comitiva, manifestando con esto, una delicada consideración que no era de esperarse en un bárbaro.

Fué el primer cuidado de Cortés examinar sus nuevos cuarteles. El edificio aunque espacioso era bajo, y componíase, como se ha dicho, de un solo piso, excepto en el centro donde se levantaba otro segundo. Las habitaciones eran muy amplias, y prestaban comodidad, segun el testimonio de los mismos conquistadores, para alojar á todo el ejército (23). Los robustos montañeses de Tlascalala no estaban probablemente muy disgustados con su nueva residencia, y fácilmente encontraron abrigo en la parte exterior de los edificios ó bajo cubiertas provisionales en los espaciosos patios. Los mejores salones estaban adornados de alegres tapices de algodón, y el pavimento cubierto con esteras ó juncos. Había también banquillos de madera no muy altos, hechos de una sola pieza, preciosamente esculpidos, y en las más de las habitaciones camas formadas de esteras muy bien tejidas, con colchas, y algunas veces cielos de algodón. Estas esteras eran los únicos lechos que usaban los nativos, tanto los de elevada clase como los de inferior rango (24).

oriental del templo, corrigiendo en vez de la calle de Tacuba la de Santa Teresa.

(20) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 88.—Gonzalo de las Casas, Defensa, MS., parte I, cap. 24.

(21) Boturini dice, que mayor segun la confesión de los peritos. „Los plateros de Madrid, viendo algunas piezas y brazaletes de oro, con que se armaban en guerra los reyes, y capitanes indios, confessaron, que eran inimitables en Europa.” (Idea p. 78.) Y Oviedo, hablando del modo de engastar las joyas, expresa, „Yo ví algunas piedras jaspes, calcedonias, jacintos, corniolas, é plamas de esmeraldas é otras de otras especies labradas é fechas, cabezas de aves, é otras hechas animales é otras figuras, que dudo haber en España ni en Italia quien las supiera hacer con tanta perfección.” Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 11.

(22) Página 297 de este tomo.

(23) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 88.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 80.

(24) Bernal Diaz, Ibid., lug. cit.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 5.—Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 16.

Después de recorrer rápidamente esta gigantesca fábrica señaló el general á las tropas sus respectivos cuarteles, y tomó tan vigilantes precauciones para su seguridad como si hubiera de esperar un sitio, mas bien que un recibimiento amistoso. Estaba rodeado el edificio de un muro de piedra de considerable espesor, con torres ó fuertes pilares en ciertos intervalos que proporcionaban buenos medios de defensa. Colocó su artillería de modo que dominara las avenidas: distribuyó sus centinelas por todo el recinto; y en una palabra, lo reforzó del mejor modo posible, con la misma estricta disciplina militar que había observado en toda su marcha. Conocía cuán importante era á su pequeño ejército, al menos por entonces, ganarse el afecto de los habitantes; y para evitar toda posibilidad de un choque, prohibió á los soldados bajo pena de muerte el dejar los cuarteles sin orden suya. Después de haber tomado estas precauciones, permitióles entregarse al abundante refresco que se les había preparado.

Habían estado bastante tiempo en el país, si no para tener afición, al menos para acostumbrarse al sazón particular de los aztecas. El apetito del soldado no es por lo comun muy delicado; y en la ocasión presente no puede dudarse que los españoles hicieron completa justicia á las sabrosas producciones de la real cocina. En la mesa fueron servidos por un gran número de esclavos mejicanos, que distribuidos alrededor de ella se manifestaban ansiosos de obsequiar los mandatos de los extranjeros; y finalizada la comida, después de haber dormido la siesta, no menos importante para un español que el mismo alimento, se volvió á anunciar la presencia del emperador.

Iba acompañado de algunos de sus principales nobles: recibióle Cortés con mucha consideración; y después de que ambos hubieron tomado asiento, principiaron un diálogo por medio de la intérprete Doña Marina, entre tanto que los caballeros castellanos y los magnates aztecas estaban en pie guardando un respetuoso silencio.

Hizo muchas preguntas Montezuma con relación al país de los españoles, su soberano, su forma de gobierno, y especialmente los motivos de su visita al Anáhuac. Cortés explicó estos últimos, con el deseo de ver á tan distinguido monarca y de hacerle conocer la verdadera fe profesada por los cristianos. Con rara discreción, se contentó con soltar por entonces esta insinuación, dejando que germinara en la mente del emperador hasta otra conferencia. Preguntó también si los hombres blancos que el año anterior habían desembarcado en la costa oriental de su imperio eran paisanos suyos: mostróse bien informado de la conducta observada por los españoles desde su llegada á Tabasco hasta aquella época, de la cual se le habían transmitido regularmente noticias por medio de pinturas geroglíficas. Deseaba también saber el rango que los extranjeros ocupaban en su país, preguntando si eran parientes del soberano. Cortés contestó que lo eran unos de otros, y súbditos de un gran monarca que les tenía particular estimación. Antes de partir se impuso Montezuma de los nombres de los principales caballeros y de la graduación que ocupaban en el ejército.